

TIMOTHY MICHAEL LAW

**CUANDO DIOS
HABLÓ EN GRIEGO**

LA SEPTUAGINTA Y LA FORMACIÓN
DE LA BIBLIA CRISTIANA

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2014

A Elizabeth Rose,
cuya vida comenzó
cuando escribía yo la primera palabra de este libro

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Francisco Javier Molina de la Torre sobre el original inglés

© Oxford University Press, 2013

When God Spoke Greek. The Septuagint and the Making of the Christian Bible.
First Edition was originally published in English in 2013. This translation is
published by arrangement with Oxford University Press.

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2014

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1865-6

Depósito legal: S. 141-2014

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

1. ¿Por qué este libro?	9
2. Cuando el mundo se hizo griego	19
3. ¿Existió una Biblia antes de la Biblia?	32
4. Los primeros traductores de la Biblia	51
5. Gog y sus langostas no tan felices	65
6. Excrementos de ave, elefantes embriagados y dragones que revientan	84
7. «E pluribus unum»	107
8. La Septuaginta que subyace al Nuevo Testamento	119
9. La Septuaginta en el Nuevo Testamento	137
10. El nuevo Antiguo Testamento	159
11. La Palabra de Dios para la Iglesia	175
12. El hombre de acero y el hombre que adoró al sol	193
13. El hombre que puso la mano en el fuego contra el hom- bre con la espada recubierta de miel	209
14. Un epílogo	231
<i>Para seguir leyendo</i>	239
<i>Índice de materias</i>	249
<i>Índice general</i>	253

¿POR QUÉ ESTE LIBRO?

Es probable que usted ya se haya encontrado con la Septuaginta. Tal vez no le suene de nada, pero inevitablemente ha tenido contacto con ella si ha leído o tan solo hojeado una Biblia.

Los nombres de algunos de los libros del Antiguo Testamento proceden de los títulos que se les pusieron en los manuscritos de la Septuaginta. Así, *genesis* es la palabra griega para decir «comienzo», *exodos* significa «salida», *leuitikon* indica que el libro trata temas relacionados con los levitas, y *deuteronomion* proviene de la interpretación que hizo el traductor griego de Dt 17, 18, que en hebreo dice «copia de esta enseñanza», comprendida por el traductor como referencia a una repetición de la ley; así, lo tradujo con la expresión «segunda ley», pues ese es el sentido de *deuteronomion* o, tal como lo conocemos, Deuteronomio. El hermoso cuento para niños de la túnica de muchos colores que tenía José también se encuentra en la Septuaginta: en Gn 37, 3, la Biblia hebrea indica que José tenía una túnica que le cubría sus brazos y piernas, y que estaba decorada de alguna forma; la Septuaginta y más tarde la Vulgata latina describieron la túnica como «policroma».

En las versiones modernas también suele mencionarse en las notas a pie de página el Antiguo Testamento griego cuando los equipos de traductores consideran que la Septuaginta ofrece una lectura mejor que la de la Biblia hebrea, que es sobre la que se basa la mayoría de las traducciones.

Tampoco se han podido librar de la Septuaginta los lectores del Nuevo Testamento. Aparte de las numerosas citas del Antiguo Testamento en el Nuevo, procedentes casi todas del griego, la lengua y la teología de los autores del Nuevo Testamento deben mucho más

a la Septuaginta que a la Biblia hebrea. Así pues, la Septuaginta desempeña una función clave en la historia de la teología y la exégesis cristianas.

Cada semana millones de fieles en todo el mundo se reúnen para enseñar, leer y escuchar la Biblia. Aunque a los cristianos siempre les ha costado saber en qué medida son relevantes las Escrituras judías que denominan Antiguo Testamento, están familiarizados con los relatos de la creación, el diluvio y la estancia en el desierto del pueblo de Israel; con personajes como Noé, Moisés, Abraham y Ezequiel; y con hechos como los episodios del becerro de oro, la conquista de la tierra prometida por parte de los israelitas y el combate entre David y Goliat. No obstante, son menos quienes habrán reflexionado sobre el modo en que surgieron esas historias o la manera en que se formaron los libros bíblicos tal como los conocemos. A lo sumo, muchos lectores de ese tremendo libro que ahora llamamos «la Biblia» suponen que escritores como Jeremías se sentaron una tarde soleada y garabatearon sus profecías, las enviaron y prosiguieron su camino.

Sin embargo, los libros bíblicos se formaron a través de un largo proceso de acumulación, combinación y reformulación de otras fuentes. Durante bastante tiempo fue fácil descartar estas explicaciones, calificándolas como ejemplos de «ombliguismo» por parte de los estudiosos o, peor aún, como proyectos de investigadores descreídos que buscaban minar la confianza de los creyentes en la Biblia. Las teorías sobre la prehistoria de los textos bíblicos se basaban en gran medida en las intuiciones a las que el exegeta llegaba a partir de una lectura detenida, pero no existía una prueba tangible en forma de objetos manufacturados con textos en hebreo. Tan solo había una traducción manuscrita de las Escrituras hebreas, la cual coincidía con la Biblia hebrea de las ediciones modernas y, por consiguiente, de las actuales traducciones. Ante la falta de fuentes hebreas para verificar sus hipótesis, los estudiosos apuntaban a las versiones antiguas de la Biblia hebrea.

La traducción al griego conocida como Septuaginta jugaba un papel fundamental en la reflexión, puesto que numerosos pasajes discrepaban con el hebreo. Los comentaristas sugerían que la Septuaginta esclarecía una parte perdida de la formación del Antiguo

Testamento; así, la traducción griega en realidad muestra diferentes estadios del texto hebreo mucho antes de que alcanzaran su forma definitiva. Sin embargo, dado que durante quinientos años el texto investido de autoridad para las Iglesias protestantes ha sido la Biblia hebrea, a muchos les resultaba sencillo descartar estas hipótesis e imaginar más bien que la Biblia hebrea hallada en los manuscritos medievales, y ahora en la edición moderna disponible en las librerías, procedía de la pluma de los autores bíblicos. No era difícil explicar las divergencias que se advertían en la Septuaginta: o los traductores tenían mucha creatividad, o no comprendieron el hebreo que tenían ante sí, pero la traducción griega en absoluto constituía un testimonio de otra forma de texto hebreo de la Antigüedad. Nunca hubo más que uno.

Pero luego de repente todo cambió. Los hallazgos en el desierto de Judea a mediados del siglo XX revolucionaron nuestra comprensión de la historia de la Biblia, o mejor dicho, de su prehistoria (cf. cap. 3). De las oscuras, frías y húmedas cuevas en torno al mar Muerto salieron a la luz manuscritos bíblicos hebreos. Una de las primeras cosas que reconocieron los investigadores fue que muchos de esos manuscritos eran distintos de la Biblia hebrea recibida, y en algunos casos coincidían con los pasajes de la Septuaginta que discrepaban de la recibida. Quizá los traductores de la Septuaginta *no* eran responsables de las diferencias en el texto bíblico; tal vez, después de todo, tradujeron otros textos hebreos. Para muchos de los que habían insistido en la autoridad de la Biblia hebrea, el descubrimiento más incómodo fue el hecho de que esos manuscritos hebreos parecían reflejar estadios anteriores de los libros bíblicos. De repente, el argumento contra las reconstrucciones e hipótesis académicas perdió fuerza. Aquí había una prueba tangible de que en cierto momento algunos libros bíblicos existieron bajo otra forma.

Aun así, la Septuaginta sigue siendo ajena para la mayoría, entre ellos los exegetas, e incluso los estudiosos del Antiguo Testamento. Las notas a pie de página de las versiones inglesas, por ejemplo, con frecuencia tratan a la Septuaginta como la hijastra de la Biblia hebrea y remiten al griego únicamente cuando parece que algo no funciona en la transmisión del texto hebreo. Algunos siguen expli-

cando las diferencias radicales entre la Septuaginta y la Biblia hebrea como prueba de que los traductores griegos emplearon formas no convencionales, o no canónicas, de la Biblia hebrea, aunque sabemos que no existió una Biblia hebrea canónica hasta varios siglos después de que la Septuaginta fuese traducida. Hay todavía prejuicios teológicos que mantienen la Septuaginta a raya.

El descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto y la revalorización de la Septuaginta han supuesto una revolución para los exegetas y los estudiantes de la Biblia hebrea o del Antiguo Testamento, pero todo ello también ha repercutido en el estudio del Nuevo Testamento y del cristianismo primitivo. Muchos jamás han considerado el papel de la Septuaginta en los primeros años de la Iglesia y en la formación de la teología cristiana primitiva. El prejuicio en la Iglesia actual a favor de la Biblia hebrea rabínica es sorprendente pero no inesperado, dado que los centros educativos cristianos forman a los exegetas y a los clérigos del futuro exclusivamente con la Biblia hebrea, sin tener en cuenta que las Escrituras usadas por los autores neotestamentarios y el primer Antiguo Testamento de la Iglesia no es la Biblia hebrea a cuyo estudio dedican tiempo y dinero.

1. ¿DEBERÍA USTED SEGUIR LEYENDO?

A lo largo de este libro estoy en deuda con los libros de texto habituales que sirven de introducción a la Septuaginta, y en la sección «Para seguir leyendo» indico los que me han resultado más útiles a lo largo de los años. Jennifer Dines siempre ha hecho uso de la expresión apropiada en su texto introductorio y Natalio Fernández Marcos ha llevado el estudio de la Septuaginta a nuevas cotas con su introducción ya de un nivel avanzado. Asimismo estoy en deuda con la abundante literatura sobre la Septuaginta que ha aparecido especialmente en las dos últimas décadas, desde el campo de los estudios judíos, los estudios bíblicos y los estudios del cristianismo primitivo, y más en particular desde el reducido ámbito de los estudios sobre la Septuaginta. Este libro contiene no pocas intuiciones personales e ideas originales, pero también he procurado tomar lo que ya es conocido y explicarlo con claridad a quienes están in-

teresados en la historia de la Biblia y en cómo se usó durante los primeros siglos de la Iglesia cristiana, pero que tal vez nunca hayan considerado la función de la Septuaginta en esa historia. El estudio de la Septuaginta quizá sea más apasionante ahora, al comienzo del siglo XXI, de lo que lo ha sido durante largo tiempo, pero los especialistas de esta materia no nos hemos comunicado demasiado bien con quienes no forman parte de nuestros grupos. Es posible que el renovado interés por traducir la Septuaginta a las lenguas modernas –en la actualidad hay traducciones a la mayoría de lenguas europeas e ¡incluso una al japonés!– sirva en cierto modo para popularizar las Escrituras griegas. Mientras escribía este libro también he descubierto que es mucho más fácil seguir hablando con los estudiosos en nuestro críptico lenguaje académico (que no es la lengua de los ángeles) que tomar el lenguaje académico y exponerlo en beneficio de un número mayor de lectores. Resumiendo, he escrito este libro porque mi madre todavía me pregunta cómo me gano la vida y porque mi padre conoce la palabra «Septuaginta», pero se atasca al pronunciarla.

¿Debería usted seguir leyendo? Hay al menos cuatro razones por las que puede encontrar interesante lo que sigue. En primer lugar, la Septuaginta aclara el desarrollo del pensamiento judío entre los siglos III a.C. y I d.C. Autores como Teresa Rajak (cf. «Para seguir leyendo») han demostrado el valor de la Septuaginta para entender el judaísmo del periodo helenístico, pero apenas se ha reflexionado sobre la importancia de la Septuaginta a la hora de entender el Nuevo Testamento y el cristianismo primitivo. Según veremos, no es posible leer el Nuevo Testamento al margen de su contexto en el judaísmo helenista; precisamente leer la Septuaginta nos permite acercarnos a dicho contexto. Por estas razones, el presente libro no va a explorar el apasionante campo cubierto por Rajak, sino que se ceñirá a la Septuaginta en la historia cristiana.

En segundo lugar, la traducción del Antiguo Testamento de casi todas las versiones modernas de la Biblia se basa en la Biblia hebrea, aun cuando la Escritura usada por los autores del Nuevo Testamento y la Iglesia primitiva solía ser la Septuaginta. Dedico varios capítulos al empleo de la Septuaginta en el Nuevo Testamento y en la Iglesia primitiva, y sin complicar el tema también espero demostrar

que el acceso a las Escrituras en los primeros siglos cristianos no fue tan sencillo como podríamos esperar. Sin embargo, las versiones de la Escritura utilizadas por los autores neotestamentarios es un tema importante; Agustín y otros a lo largo de la historia planteaban que, si los autores del Nuevo Testamento usaban la Septuaginta, la Iglesia debería igualmente afirmar su autoridad. Además, la creación del concepto de un «Antiguo Testamento» por los autores del Nuevo Testamento y los primeros cristianos dependía casi por completo de la disponibilidad de esas Escrituras en griego, en un mundo mediterráneo que era predominantemente griego. En el siglo I, el hecho de que una religión pudiese reivindicar su antigüedad garantizaba su respeto. Los nuevos escritos en griego sobre la vida y el ministerio de Jesús y sobre los primeros años de la Iglesia —aquellos que pronto se coleccionarían y se denominarían Nuevo Testamento— debían ser vistos como la continuación de una historia más antigua. Querían poner de manifiesto que el cristianismo no era algo nuevo, sino que hundía sus raíces en los días de los patriarcas. La Septuaginta —las Escrituras judías en griego— permitió que los cristianos reivindicaran un legado histórico. A decir verdad, podrían haber narrado su mensaje aun cuando las Escrituras hubiesen permanecido en hebreo y arameo, merced a sus traducciones y comentarios *ad hoc* del texto, pero el potencial de expansión de la Iglesia creció exponencialmente cuando tuvieron a su disposición esta historia de Israel en la lengua del mundo mediterráneo.

La tercera razón que explica la importancia de la Septuaginta es no solo que la mayoría de los primeros cristianos la utilizó, sino el hecho de que la teología de éstos fue moldeada por ella, no por la Biblia hebrea. Muchas de las enseñanzas más admiradas del Nuevo Testamento fueron configuradas por la Septuaginta, y en algunos casos derivaban directamente de ella. Así las cosas, podemos preguntarnos qué habría ocupado su lugar si los escritores del Nuevo Testamento se hubiesen basado en la Biblia hebrea. Mateo escribió sobre la profecía del nacimiento virginal, que él encontró formulado en la Septuaginta, no en la Biblia hebrea; y fue la versión griega de Isaías, no la hebrea, la que influyó en el libro más importante desde el punto de vista teológico en la historia del cristianismo, la Carta de Pablo a los romanos. El uso de las Escrituras en griego continúa tras

el siglo I, y la Iglesia primitiva formuló sus doctrinas clave a la luz de la Septuaginta. Resulta inimaginable el desarrollo de la ortodoxia sin ella. Por tanto, en el periodo formativo de la teología cristiana, cuando la Iglesia primitiva enunció muchas de esas creencias que ahora se dan por descontado entre los cristianos de todo el mundo, sus reflexiones no se vieron configuradas por la Biblia hebrea que subyace a nuestras Biblias modernas, sino por la Septuaginta griega. Nada de esto resultaría significativo en exceso si la Septuaginta fuese *meramente* una traducción del hebreo, tal como algunos se han esforzado por afirmar; como veremos, por el contrario, en muchas partes la Septuaginta contiene un mensaje radicalmente distinto. Ello se debe no solo a que los traductores de los libros de la Septuaginta abriesen nuevos sentidos con su traducción, sino también a otra razón mucho más sorprendente. Y esa es la cuarta razón por la que la Septuaginta resulta importante.

A menudo la Septuaginta preserva y atestigua una versión del texto bíblico *alternativa* y en ocasiones *anterior*. Cuando los reformadores y sus predecesores hablaron del retorno al hebreo original (*ad fontes!*), y cuando los cristianos de hoy procuran estudiar hebreo para leer el «texto original», perpetúan varias premisas erróneas. La Biblia hebrea de las ediciones que ahora utilizamos *no* es, con frecuencia, la forma más antigua del texto hebreo, y de hecho no se trata de un único texto, sino de una amalgama de fuentes similares, pero no idénticas. En muchos casos la Septuaginta proporciona el único acceso a la forma más antigua. Nuestras ediciones actuales de la Biblia hebrea contienen un texto que más o menos quedó establecido en el siglo II d.C., y, mientras que las tradiciones textuales de algunos de los textos se remontan al siglo III a.C. y posiblemente al siglo V a.C., su texto procede de una de las tradiciones conocidas y utilizadas por los lectores de la Escritura en la Antigüedad. Hoy en día es indudable que la Biblia hebrea forma parte de una tradición diferente a la de los textos bíblicos conocidos por otras fuentes. Verdaderamente la Septuaginta ha transformado por completo el sencillo panorama al que nos habíamos acostumbrado.

Hay más cosas en las páginas que siguen. Comienzo explicando los contextos de la Biblia y de la traducción de la Biblia hebrea al griego en el mundo antiguo. Después me esfuerzo por clarificar la

desconcertante historia de la diversidad de textos bíblicos que se han encontrado entre los manuscritos del mar Muerto. La historia resulta más interesante cuando se analizan los libros de la Septuaginta y se descubre que la Biblia griega continúa esa tendencia a la diversidad, y que muchos de los libros que conocemos tan bien gracias a la traducción de la Biblia hebrea son distintos en griego. Los apócrifos¹ son parte importante de nuestra historia, puesto que forman una colección de libros que les resultan conocidos a más de mil millones de cristianos al margen de la tradición protestante, y también porque influyeron en los autores del Nuevo Testamento y en la Iglesia primitiva.

Es en este momento cuando muchos lectores descubrirán por vez primera hasta qué punto el cristianismo está en deuda con la Septuaginta. Los autores del Nuevo Testamento casi siempre la emplearon para acceder a las Escrituras judías que citan tan a menudo. Los ejemplos de los evangelios, del apóstol Pablo y del autor de Hebreos demuestran que la Septuaginta griega tuvo un profundo impacto en el desarrollo del pensamiento neotestamentario. Resulta irrelevante si eran o no conscientes de las divergencias entre la Septuaginta y la Biblia hebrea, al igual que si creían o no que la autoridad de la Septuaginta estaba fundamentada en el hebreo. De forma consciente o no, transmitieron un mensaje basado en una lectura teológica de las Escrituras judías, el cual con frecuencia discrepaba del mensaje de la Biblia hebrea. Asimismo advertimos que los autores del Nuevo Testamento a veces utilizaron lecturas de la Septuaginta que sabemos que eran traducciones erróneas del hebreo, una realidad incómoda, pero una realidad al fin y al cabo. Seguidamente trato de demostrar cómo la Septuaginta se halla en los cimientos del cristianismo, aun cuando dos ramas posteriores de éste, el catolicismo y el protestantismo, la dejaron a un lado. A la luz de la diversidad probada de las versiones hebrea y griega de la Escritura en la Antigüedad, en tiempos del Nuevo Testamento y en la época patristica, podremos preguntarnos en el epílogo por qué en la reflexión cristiana moderna el papel de la Septuaginta se ha visto reducido.

1. Se incluyen bajo la denominación de «apócrifos» tanto los libros que los católicos denominan «deuterocanónicos», al considerarlos inspirados por Dios, como los propiamente «apócrifos», cuya canonicidad niegan (N. del T.).

ÍNDICE GENERAL

1. ¿POR QUÉ ESTE LIBRO?	9
1. ¿Debería usted seguir leyendo?	12
2. Algunas definiciones y notas de uso	17
2. CUANDO EL MUNDO SE HIZO GRIEGO	19
1. Transformación	25
2. Un legado griego	31
3. ¿EXISTIÓ UNA BIBLIA ANTES DE LA BIBLIA?	32
1. Las múltiples formas de las Escrituras hebreas	34
2. ¿Cuán significativas son las diferencias?	42
4. LOS PRIMEROS TRADUCTORES DE LA BIBLIA	51
1. La Carta de Aristeas a Filócrates	54
2. ¿Quiénes fueron los traductores?	59
3. ¿Por qué la Septuaginta?	61
5. GOG Y SUS LANGOSTAS NO TAN FELICES	65
1. Moisés con vestimentas griegas	67
2. Después del Pentateuco	72
3. Versiones alternativas de la historia de Israel	72
4. Profetas y poetas	75
5. Las últimas traducciones	82
6. Todavía más Escrituras	83
6. EXCREMENTOS DE AVE, ELEFANTES EMBRIAGADOS Y DRAGONES QUE REVIENTAN	84
1. Una época de entusiasmo literario	86
2. Esdras A' y B'	90
3. Los añadidos a Ester	91
4. Judit	92
5. Tobit	93
6. 1-4 Macabeos	94
7. Salmo 151	98
8. La oración de Manasés	98
9. La Sabiduría de Salomón	99

10. Sirá	100
11. Baruc	101
12. Carta de Jeremías	102
13. Los añadidos a Daniel	103
14. Limitar las Escrituras	105
7. «E PLURIBUS UNUM»	107
1. La ilusión de las corrientes que se funden	107
2. El texto masorético de la Biblia hebrea	112
8. LA SEPTUAGINTA QUE SUBYACE AL NUEVO TESTAMENTO	119
1. El trasfondo judío	121
2. Al encuentro de las «sagradas Escrituras»	123
3. Lenguaje y teología	131
9. LA SEPTUAGINTA EN EL NUEVO TESTAMENTO	137
1. Las Escrituras de Jesús y los evangelistas	137
2. El apóstol Pablo	144
3. Otras voces del Nuevo Testamento	151
4. La importancia de las citas	155
10. EL NUEVO ANTIGUO TESTAMENTO	159
1. Creando el Antiguo Testamento	161
2. ¿Qué libros compusieron el Antiguo Testamento?	164
11. LA PALABRA DE DIOS PARA LA IGLESIA	175
1. La Septuaginta en la formación de la teología y la piedad cristianas	182
2. Una función indispensable	191
12. EL HOMBRE DE ACERO Y EL HOMBRE QUE ADORÓ AL SOL	193
1. Orígenes	193
2. Eusebio	202
3. Constantino	205
13. EL HOMBRE QUE PUSO LA MANO EN EL FUEGO CONTRA EL HOMBRE CON LA ESPADA RECUBIERTA DE MIEL	209
1. Jerónimo	213
2. El gran debate: Jerónimo versus Agustín	223
14. UN EPÍLOGO	231
<i>Para seguir leyendo</i>	239
<i>Índice de materias</i>	249